

piraciones de mejora»—que la sociedad actual no permite satisfacer—como se les hará buscar un orden social más en armonía con sus necesidades.

Queremos la revolución en las cabezas y en los corazones.—Rousseau decía «no libremos al hombre solamente del medio, libremos al hombre del hombre». Y Reclus exclamaba:

«No basta repetir las viejas fórmulas *Vox populi, Vox Dei* y lanzar gritos de guerra haciendo flotar en los aires ruidosas banderas. La dignidad del ciudadano puede exigir, en tal o cual coyuntura, que levante barricadas y que defienda su tierra o su libertad; pero no se imagine nunca que la menor cuestión pueda ser resuelta a la suerte de las balas. Es en las cabezas y en los corazones donde las transformaciones tienen que verificarse antes de hacer entrar en tensión los músculos y de cambiarse en fenómenos históricos».

«No basta gritar *¡revolución! ¡revolución!* para que ya corramos detrás del que nos entusiasma. Es natural sin duda que el ignorante siga su instinto: el toro alocado se lanza sobre un trapo rojo, y el pueblo, siempre oprimido, se precipita contra el primero que se le pone delante. Una revolución cualquiera tiene su lado bueno cuando va contra un amo o contra un régimen de opresión; pero si ella debe suscitar un nuevo despotismo, se pregunta uno si no habría valido más dirigirla por otro camino. Ha llegado el día de no emplear sino fuerzas concientes. Los evolucionistas, arribados por fin al perfecto conocimiento de lo que quieren realizar, tienen que hacer algo mejor que sublevar descontentos y empujarlos sin brújula y sin objeto.—Se puede sostener que hasta ahora ninguna revolución ha sido completamente razonada y que, por lo mismo, ninguna ha completamente triunfado».

No hay tales transformaciones radicales de la ciencia.—Recortamos un pasaje del discurso de inauguración del Congreso Nacional de Química Aplicada, pronunciado por el

Profesor *I. Guareschi*, el 23 de septiembre de 1911, en Turín:

No mencionar nunca en la enseñanza los nombres de aquellos que han contribuido al progreso de la ciencia con los descubrimientos más grandes; no citar a los que habrían sido llevados en triunfo si sus investigaciones hubieran sido efectuadas en nuestros días; utilizar lo que un hombre de genio hace, y dejar su nombre en la oscuridad: esto es más que injusticia, es inmoralidad.

Además, quien conociera bien la historia de la ciencia, no podría pronunciar de tiempo en tiempo ciertas frases erróneas o exageradas, como las relativas a lo que se llama *transformaciones radicales de la ciencia*.

Se habla a menudo de las transformaciones radicales sufridas hoy por las ciencias físicas y químicas. ¿Por qué? ¿Será muy cierto? ¿El progreso de la ciencia no es acaso una transformación lenta y continua? Si cada diez o veinte años, las ciencias debieran sufrir transformaciones radicales ¿a dónde iríamos a parar? Esas frases: «Necesidad de transformaciones radicales», «estamos en tiempos de transición y de crisis científica», «la ciencia está en un período evolutivo», etcétera, son frases vacías, señales casi de relajamiento, de relajamiento que no conocen los verdaderos sabios; son frases huecas que pueden impresionar a un público poco científico y que recuerdan la filosofía escolástica, la filosofía verbosa.

¿Qué es lo que han transformado los recientes descubrimientos sobre la radioactividad, sobre las emanaciones, etcétera? Nada. Se ha agregado un nuevo y magnífico capítulo a la ciencia; pero las bases fundamentales son las mismas que en 1800-1811.

El siglo XIX comenzó con notables descubrimientos acerca de la electricidad y de la constitución atómico-molecular de los cuerpos, y el siglo XX ha comenzado con grandes trabajos sobre la naturaleza de la electricidad, sobre la radioactividad y sobre *la realidad molecular*. Cien años después!